

## BIROn - Birkbeck Institutional Research Online

Balibrea, Mari Paz (2018) Exilio republicano: construir desde la ausencia.  
Carta(s): Revista del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía , pp. 7-13.

Downloaded from: <https://eprints.bbk.ac.uk/id/eprint/42760/>

*Usage Guidelines:*

Please refer to usage guidelines at <https://eprints.bbk.ac.uk/policies.html>  
contact [lib-eprints@bbk.ac.uk](mailto:lib-eprints@bbk.ac.uk).

or alternatively

## EXILIO REPUBLICANO: CONSTRUIR DESDE LA AUSENCIA<sup>1</sup>

Mari Paz Balibrea, Birkbeck, Universidad de Londres

Empezaré este ensayo con una nota personal. Hace referencia a un debate con historiadores en el que participé en Madrid al poco tiempo de aparecer mi libro *Tiempo de exilio*.<sup>2</sup> Defendí allí lo que el libro argumenta: la necesidad de recuperar el exilio republicano español, centrándome yo especialmente en su cultura, como un margen crítico desde el que pensar el desarrollo de la modernidad española en el siglo XX. En el turno de preguntas y en los intercambios con otros ponentes, se me puntualizó reiteradamente y con gran erudición de detalles la inocuidad del exilio con respecto a España: lo poco o nada que sus integrantes incidieron en los asuntos nacionales, en la dictadura y luego en la democracia; su voluntaria cesión de protagonismo “a los del interior”; incluso su satisfacción con la evolución del país hacia la democracia. Todas esas afirmaciones, apoyadas por hechos y datos verificables, hacían que mi posición apareciese como un puro voluntarismo. Mientras algunos podrían, condescendentemente, compartir lo deseable que habría sido una mayor y mejor incorporación del exilio en España, por no decir que el exilio nunca hubiera tenido lugar, la realidad era la que había sido. Al historiador correspondía ceñirse a esa realidad en su análisis, del que por supuesto no se excluía la crítica. Pretender que vidas y pensamientos de los que nada o apenas se supo en el momento de su transcurso y producción (ni en nada o apenas afectaron al curso de la historia cultural o política de la España que le era contemporánea) tienen, no solo interés sino, relevancia para la historia de España, es partir de una premisa falsa, de una voluntad investigadora y crítica no respaldada por los hechos históricos. Desde la historia de España, su valor es nulo, asociable a una nostalgia de lo que no pudo ser, carente de rigor, fatalmente dependiente de y sesgado por el compromiso moral de quien afirma ese valor con su objeto de estudio.

Intercambios intelectuales como el aquí descrito ayudan a entender hasta qué punto la disciplina de la Historia nacional puede ser hostil a una proposición como la mía. También ilustra las ocultas imbricaciones políticas de esa disciplina con discursos

---

<sup>1</sup> *Carta(s)*. Revista del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. #1, Nueva Época, número dedicado a “Exilio/Refugio”, 2018, pp. 7-14.

<sup>2</sup> Mari Paz Balibrea. *Tiempo de exilio. Una mirada crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio*, Barcelona, Montesinos, 2007.

dominantes sobre el desarrollo de España desde el final de la Guerra Civil. La abierta politicidad de mi propuesta tiene entre sus objetivos principales el desenmascaramiento de lo que se presenta desde la hegemonía como natural y evidente, como no marcado por ningún sesgo. Por eso al nombrarlo hay que interrogarlo, porque en la pregunta se empieza a hacer posible el debilitamiento de su condición de infalibilidad. ¿Qué y quiénes constituyen España desde el forzoso exilio político consecuencia de la Guerra Civil? ¿Qué espacios, qué tiempos le son propios y le afectan? Tales enunciados cuestionan el contenido de las categorías de sujeto, tiempo y espacio asociadas a la nación y nos ayudan, en una respuesta reflexiva, a considerarlos como construcciones históricas. Es decir, a concebirlos como artefactos conceptuales con una genealogía recuperable y unas ataduras ideológicas susceptibles de ser desentrañadas y expuestas. No como categorías apriorísticas cuyo escrutinio está fuera de lugar y que solo cabe rellenar de circunstancia y devenir histórico, sin que ello afecte a su constitución y el lugar que ocupan. ¿Qué responsabilidad tienen los discursos públicos, de especialistas y de no especialistas, de lo cultural a lo político, en forjar ideas sobre el sujeto, el tiempo y el espacio de la nación, en diseminarlas y en reforzarlas día a día en el imaginario nacional, en el tiempo compartido por los que se identifican como compatriotas? Después de 1939, el presupuesto de que sólo concierne a lo español aquello que tiene lugar (y tiempo), incluida la vida de las personas, dentro de sus fronteras políticas y geográficas, es un discurso impuesto por el franquismo. Las razones de éste, aunque abominables para muchos, son un claro y esperable exponente de la acción del vencedor de la que fue una guerra de exterminio sobre el vencido al que se expulsa y silencia. Pero cuando comprobamos que sus efectos se extienden, no sólo en la larga dictadura, sino hasta bien entrada la democracia, resulta que esas razones ya no tienen tanto valor explicativo. No es plausible, ni de justicia, tildar de simpatizante con el franquismo a todo aquel dispuesto a estar de acuerdo y a considerar como obvio que haber salido y permanecido en el exilio justifica que sea imposible encontrar alguna manera de pensar la estancia en el afuera como algo relevante y compatible con el adentro. Y sin embargo esa es una lógica perfectamente reconocible, en funcionamiento activo con la inercia fatal de todo lo que aceptamos como ideas recibidas, evidentes en sí mismas e incuestionables. Que la historia nacional española no necesitaba, no estaba metafísicamente impedida, por mor de su ausencia obligada de la nación, de incorporar al exilio

republicano, lo tenemos en los casos de las historias culturales de las naciones minoritarias que también tuvieron que enfrentarse con ese exilio. Para la catalana, pongamos por caso, la frontera entre el dentro y el fuera no supuso ninguna barrera conceptual, política o estética infranqueable a la articulación de *una* narrativa histórica cultural susceptible de ser considerada como nacional, como parte de lo que construye la historia de esta cultura en el s. XX. Hoy día, Mercè Rodoreda, Carles Riba, Juan Sales, Pere Calders o Agustí Bartra, son tan parte de la historia de la literatura catalana como Josep Pla, J. V. Foix o Salvador Espriu. La lección de la comparación es iluminadora para mí, y no precisamente de que lo deseable sea siempre unificar una diversidad de prácticas culturales, para darles sentido, bajo el paraguas de la nación. Lo que ilumina es la historicidad de estos procesos, y por tanto la pertinencia histórica y política que he sostenido de cuestionar lo recibido para librarnos del yugo al que somete nuestro pensar. Volviendo al ejemplo primero con el que he iniciado este ensayo, por supuesto que los hechos corroboran la poca o nula participación del exilio republicano español en los desarrollos de la nación tal como se fueron estableciendo hasta bien afianzada la democracia, en ocasiones con la bendición de los protagonistas mismos del exilio. Pero concebir esta ausencia como la causa final, determinante e inapelable que nos autoriza a sentenciarles a la perpetua expulsión de aquello que nos ayuda a entender las cosas españolas, es solo una opción entre otras posibles, y cargada además de intención y consecuencias políticas. Si en vez de ver esta ausencia como destino la pensamos como un factor activo en la articulación de los procesos nacionales, inmediatamente adquirirá un valor relacional que le dará enjundia interpretativa. La ausencia, el exilio, no es un exterior ajeno e indiferente, es un afuera constitutivo que hace posible el adentro de la España dictatorial y después democrática y sin el cual éste no podría existir de la misma manera. Y es en interés de mantener su hegemonía que este adentro realmente existente buscará, o se avendrá a neutralizar el potencial explicativo y crítico de ese afuera, tanto en 1939 como en 1977. Son esa posicionalidad y sus razones de ser, vergonzantes para el interior, las que dan al exilio republicano español su capacidad de constituir un margen crítico de la modernidad y la historia española del siglo XX, una manera de pensar la nación desde lo que ésta no pudo o no quiso incorporar. Eso no quiere decir que todos y cada uno de los exiliados corroboren con su biografía y su obra, del tipo que fuere, en el empeño consciente de hacer visible esta relación estructural entre exilio y

nación, aunque sin duda el pensamiento filosófico y la obra artística del exilio merece ser pensada más a fondo en este sentido, con nombres como el de María Zambrano y Max Aub como hitos fundamentales. Quiere decir que el exilio republicano debe visibilizarse como un problema del adentro, un problema constitutivo, porque es definidor y estructurador, de la nación-estado española en el siglo XX: el de la ausencia por expulsión masiva de quienes encarnaban la herencia democrática y republicana más importante que había producido nunca España, un legado al que jamás se le ha retornado ni incorporado como tal a lo que se ha ido construyendo como la visión hegemónica de la tradición moderna del país. Particularmente en los años de la democracia, ha sido la vigencia de la paralela versión de la modernidad española como emergiendo armónicamente de las transformaciones modernizadoras en lo económico y social que propicia el franquismo renacido en el contexto de la Guerra Fría, lo que ha impedido la recuperación de esa otra herencia moderna incompatible con ésta. Con el tardofranquismo, el régimen se reinventa con un discurso moderno que hasta ese momento las fuerzas reaccionarias, representantes en España del tradicionalismo y del catolicismo, tenían como enemigo. Y con ese gesto soberano se usurpa el territorio hasta entonces reservado en la historia moderna española al espectro político y social desde y hacia la izquierda del liberalismo. Es apoyándose en y no rechazando los logros de la modernidad sin democracia ni libertad del tardofranquismo como se construye el edificio de la democracia desde la Transición. La invocación del exilio y más en general de las víctimas del franquismo interrumpe esa continuidad en un gesto que, en rigor, podrá tildarse de impertinente, pero nunca de irrelevante y que podrá descalificarse como políticamente sesgado sólo desde la hipocresía de quien esconde sus propios intereses políticos.

En resumen, en este cambiarse los papeles y las posiciones que vengo proponiendo, se trata de poder comprender cómo es a la nación española a la que le interesa pensar sus transacciones con el exilio para entenderse mejor. Es aquélla la que necesita a éste, mucho más que viceversa, a pesar de que el estereotipo nos devuelva siempre la imagen del exiliado como un ser vulnerable y saturado de nostalgia, patológicamente agarrado a su pasado nacional, mientras la nación avanza ciega e indiferente a su dolor. Porque quienes marcharon se desperdigaron a los cuatro vientos y, en efecto, debieron sentir nostalgia y rabia pero también, y

mientras tanto, fueron rehaciendo sus vidas e interviniendo en las realidades de los países de llegada. Lanzados al mundo, sus experiencias y las obras que produjeron revelan en muchas ocasiones un cosmopolitismo, una sintonía con los más importantes desarrollos culturales, ideológico-políticos, económicos y estéticos del medio siglo que estaba vedado a quienes se quedaron en el interior de España. Ninguno de ellos, ni dentro ni fuera del país, quedó excluido de la Historia, pero desde la diáspora se multiplicaron contactos y posibilidades de intervención mucho más centrales de lo que era posible desde la España franquista en los mencionados desarrollos de aquellos tiempos.<sup>3</sup> Desde esa perspectiva encontramos una nueva inversión de papeles en la que el interior español es el margen y el centro lo ocupa el exilio republicano. Y con ella el estímulo de otras formas de relacionar productivamente el exilio con la nación, menos sujetas a premisas de residencia, y más a vectores, a trayectorias que en algún momento tocan con la nación, pero que ésta no llega a contener.

Finalmente, el ejercicio de recuperación del exilio republicano es una praxis de la memoria, una práctica entendida como genealogía del presente, un desandar, resiguiendo los pasos de lo andado. Nos sirve para entender cómo ha llegado a ser lo que nos constituye y para hacernos con instrumentos que nos permitan refutar lo recibido y más o menos subrepticamente impuesto y pensar el presente, lo que nos ha traído hasta aquí, de formas nuevas. En ese sentido, el exilio es una metodología, una perspectiva crítica para mirar desde afuera hacia adentro, hacia el centro, una pedagogía para entender y ver la realidad sin aceptar sus naturalizaciones. Más específicamente, recuperar el exilio, no solo el republicano español, es encontrar un camino crítico a la nación, a las coerciones de los estados que la mantienen, a las arbitrariedades y excesos de sus imaginarios, que atrapan a sus sujetos y hacen sus deseos y temores más manipulables por quienes se dicen defensores de la patria. En él hay también un camino crítico al énfasis identitario que repite y contiene la estructura nación-exilio, pues la identidad necesita definir a un otro externo a sí para ser, y con ello es un acto de separación (con lo percibido como diferente) tanto como de unión (con lo percibido como igual). El escrutinio de su constitución e historia demostrará indefectiblemente la presencia del otro en lo

---

<sup>3</sup> Es evidente que esto pudo ser una ventaja para los exiliados, pero también fue una desventaja (pensemos, por ejemplo, en los campos de concentración franceses, alemanes y soviéticos, a los que fueron a parar republicanos españoles).

que más se piensa como propio. ¿Es posible renunciar a la identidad y sus perversas y destructivas politizaciones, ideologizaciones y mitos? Es ciertamente lo que el judaísmo no sionista ha venido explorando durante mucho tiempo, desde una experiencia milenaria de expulsión y diáspora. ¿Y cómo hacerlo sin perder lo que de empoderamiento tiene la reivindicación de lo propio? En la identidad y sus manifestaciones colectivas organizadas alrededor de la nación se encuentra una de las contradicciones más intratables de la modernidad, notada por toda la tradición filosófica que ha reflexionado sobre el nazismo y el Holocausto, de Theodor Adorno y Max Horkheimer a Hannah Arendt, María Zambrano y Jean-Luc Nancy: la exaltación del mito en una cultura que se vanagloria de haberlo abolido con la razón y la técnica. Las situaciones de crisis exacerban lo más negativo y exclusivista del nacionalismo, no solo marcando las distancias con respecto a los otros sino haciéndoles sospechosos de los males de la nación. En la medida en que los así estigmatizados sean separados del cuerpo nacional, ya sea para expulsarlos, o para impedir su entrada, tendremos una vez más reproducida la experiencia masiva del exilio. Si a eso le sumamos la expulsión a que obliga la extrema pobreza en países abandonados por los desequilibrios del capitalismo, el número de la población itinerante se multiplica exponencialmente. En periodos anteriores al que vivimos sus rigores se han paliado gracias a reequilibrios geopolíticos y económicos globales, además de esfuerzos humanitarios, que permitían absorber esas poblaciones a la deriva. Así ocurrió con los exiliados republicanos acogidos en su mayoría en los diferentes países latinoamericanos, principalmente México, en aquel momento un estado mucho más avanzado que España y con necesidad de mano de obra cualificada. Lo angustioso del momento actual es la ausencia de esos países ricos dispuestos, por interés o por altruismo, a recibir desplazados a los que, al contrario, para justificarse, se identifica como potenciales agresores y generadores de pobreza. En todo ello nos vuelve a aparecer indefectiblemente el exiliado (y sus adláteres: emigrado, refugiado, desplazado) como un contenedor de sufrimiento y estigmatización, como una posición invertida, en negativo, de la nación y sus ciudadanos, su sombra ineludible. Pero es esa posición desfavorecida la que también la hace estratégicamente útil a una desarticulación de los condicionamientos abyectos de la nación y el nacionalismo que la rechazaran. De esa constatación parte la teorización que se propone aquí con respecto al caso español que, como era de esperar, en sus aspectos estructurales no es ninguna

excepción particularista. Hay en el exilio un espacio de resistencia y contestación que vale la pena movilizar, intelectualmente y más allá.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> En este breve artículo reconozco que hago muchas referencias abstractas con pocas ejemplificaciones del caso español. Emplazo a quien lee y se interese por ver desarrollados estos temas a consultar mi ya mencionado *Tiempo de exilio* y el libro colectivo Mari Paz Balibrea (ed). *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Akal, 2017.